

INFORMACION CULTURAL

Apertura de curso en el Instituto «Ramón y Cajal» de Huesca.

Se celebró el 5 de octubre, con gran brillantez, iniciándose los actos con una misa del Espíritu Santo en la capilla del Centro y seguidamente, en el salón de actos, lectura de la Memoria del pasado curso y acto académico, en el que pronunció la lectura inaugural, sobre el tema *La situación internacional*, el profesor de francés don Eduardo Vázquez, quien magistralmente expuso los acontecimientos políticos más destacados y actuación de los organismos internacionales, así como la división en bloques de la opinión mundial. El selecto auditorio premió con una prolongada ovación la magnífica disertación del profesor Vázquez, que fue muy felicitado.

Finalmente le fue impuesta la Encomienda de Alfonso X el Sabio al delegado administrativo de Educación Nacional, don Antonio Core, por sus destacados servicios, que fueron resaltados por el director del Centro con frases llenas de cordialidad y afecto. Aprovechamos la ocasión para testimoniar desde estas páginas de ARGENSOLA nuestra felicitación sincera al señor Core por haber sido reconocidas sus meritorias actividades en pro de la enseñanza con tan importante distinción, que mucho le honra. — *Santiago Broto.*

Conmemoración del centenario del nacimiento de Menéndez Pelayo.

El día 26 de noviembre, el Instituto Nacional de Enseñanza Media «Ramón y Cajal», conmemoró solemnemente el primer centenario del nacimiento del eximio polígrafo español, don Marcelino Menéndez Pelayo. El Aula Magna, llena de selectos y atentos auditores, fue escenario de esta velada, presidida por el ilustrísimo señor presidente de la Diputación Provincial, que representaba al excelentísimo señor gobernador civil, con asistencia del representante del excelentísimo y reverendísimo señor obispo de la diócesis, y de las demás autoridades provinciales y locales.

La señorita María Dolores Cabré, catedrática de Literatura del Instituto y organizadora del acto, inicia éste diciendo que un año tan

pródigo en sucesos literarios—concesión del Nobel a Juan Ramón Jiménez, muerte de Pío Baroja— parece tenía que difuminar los contornos concretos de una gran personalidad: la de Menéndez Pelayo, cuyo primer centenario de su nacimiento se ha celebrado en Santander con gran pompa y se pretende conmemorar más humildemente en Huesca. Pero no; porque los seres que han obrado por amor y espíritu de entrega, como Menéndez Pelayo, viven siempre en el corazón de los demás. Muy sabio fue don Marcelino, mucha fue la categoría intelectual que alcanzó y con ello un prestigio, pero la humanidad que informaba su vida y su obra, cuenta para nosotros más que su labor de sabio amante de la letra escrita. Fue el hombre más consciente de su misión en el mundo. Hombre cordial—las numerosas cartas que recibía lo atestiguan—. Alumno excelente—leamos la biografía que escribió en homenaje de Milá y Fontanals—. Buen profesor—a los alumnos, según testimonio de Artigas, se les iban las horas sin darse cuenta—. Gran patriota—procuró unir a los hombres bajo el signo de la buena voluntad, por el recuerdo de las glorias pasadas de cada región y por el trabajo—. Hombre firme en sus ideas religiosas que le ayudaban a dar vida y a sentir entusiasmo y amor en una época triste para España. A ésta sacrificó su tranquilidad, su felicidad, sus sentimientos y su vida misma que se consumió, joven todavía, como nos contó—dice—un día, su amigo entrañable, el sabio catalán, don Antonio Rubió.

Seguidamente la señorita María Asunción Martínez Bara, directora de la Biblioteca Pública, diserta sobre el tema *Menéndez Pelayo y los libros*. Comienza diciendo que Huesca no podía dejar de sumarse al homenaje nacional, merecidísimo, rendido en tribunas y prensa a la universal figura del montañés insigne y benemérito español. Enumera los múltiples aspectos bajo los cuales puede ser estudiado Menéndez Pelayo. «Hombres preclaros—dice—lo han hecho ya y abundante es la bibliografía sobre nuestro sabio, desde Bonilla y San Martín, su más inmediato discípulo, hasta Laín Entralgo, su más reciente comentador, pasando por Artigas y Sánchez Reyes, sus continuadores en la biblioteca santanderina, sin olvidar la pléyade de extranjeros que de él se han ocupado». «Voy a limitarme—continúa—a hacer una evocación del insigne maestro y a recordar a grandes rasgos y brevemente, uno de los aspectos fundamentales de la recia figura de don Marcelino: el de bibliófilo, el de lector y colector de libros. Aparte de su privilegiado cerebro, de su portentosa memoria, del gran talento, en fin, con que Dios le dotó, a los libros, a su gran pasión por los libros, la gran pasión de su vida, debemos la ingente y ciclópea obra de Menéndez Pelayo».

Para demostrar su aserto hace una rápida exposición de la vida del maestro destacando su inmenso amor a los libros, manifestado desde

su infancia; su insaciable afán de leer, nunca colmado suficientemente, su aguda bibliofilia que le lleva ya en sus años adolescentes a coleccionar libros, iniciando con ello su biblioteca de la que llega a hacer, aún incipiente, un detallado inventario con verdadera delectación de coleccionista, según comenta después su hermano don Enrique. Expone, cómo ya estudiante universitario en Barcelona y Madrid, su estancia en ambas ciudades le depara oportunidades sin cuento para satisfacer ampliamente sus ansias de bibliófilo, recorriendo librerías de viejo y adquiriendo libros para su biblioteca, frecuentando archivos públicos y privados en los que investiga asidua y febrilmente, sacando a luz datos curiosos desconocidos para siempre, quizás, sin el ardor erudito e investigador de este mozo de pocos años, que alterna sus estudios universitarios con sus trabajos preparadores de sus futuras obras. Recuerda cómo ya en 1878, es decir, con poco más de veinte años, llamaba la atención de los eruditos de la época, según cuenta Bonilla y San Martín, «por su asidua asistencia a la Biblioteca Nacional, por su perseverante estudio y hasta por la importancia de los libros y manuscritos cuya lectura solicitaba».

Menciona sus viajes por Italia, Francia, Portugal y Países Bajos, en búsqueda constante de datos en archivos y bibliotecas en los que trabaja afanosamente, adquiriendo importante caudal bibliográfico para sus obras, y llegando con su paciencia benedictina incluso a copiar íntegros, tratados inéditos e ignorados en España. Destaca el caso insólito, poco frecuente en tan temprana edad, de aunar los estudios con la investigación dando con ello tan óptima cosecha como jamás se ha visto en España a la edad en que Menéndez Pelayo realizaba todo esto. «Suele ser la edad madura—dice—la más propicia para ello. Parece como si presintiese su temprana muerte y le faltase tiempo para dar a su patria los magníficos frutos de su gran talento, y de su insuperable erudición». «A ese trabajo incansable, a esa labor paciente, a esa constancia y tenacidad—sigue diciendo—se unían en maravillosa conjunción, su portentoso cerebro, la llama ardiente del genio que Dios encendió en él».

Cita luego su vida docente como catedrático de la Universidad de Madrid. Hace resaltar cómo gracias a su vastísima erudición y a su sabiduría, producto de sus extensas e intensas lecturas, sus ejercicios de oposición fueron algo asombroso y mil codos por encima de los de sus contricantes. Su labor en la cátedra—dice—responde al concepto que él tenía de la enseñanza. Fiaba poco en los métodos orales. Prefería que sus alumnos trabajasen a su lado, bajo su dirección, frecuentemente con sus mismos libros y en su biblioteca.

Pasa luego a exponer la eficiencia de Menéndez Pelayo en la direc-

ción de la Biblioteca Nacional en donde se encontró pleno de euforia y en su elemento: entre los libros. En esta época—continúa diciendo—y coincidiendo con una breve etapa de vida política, sigue inalterable su acusada bibliofilia, logrando que tras un brillante dictamen suyo, el Estado adquiriese para el primer centro bibliográfico de la nación, la importantísima biblioteca de la casa ducal de Osuna, compendio de las de varias casas nobles, como la de Alba, Benavent y la del marqués de Santillana, rica esta última, sobre todo, en preciosos códices italianos y franceses del siglo xv, en incunables y ejemplares únicos.

Sigue haciendo hincapié en el amor que Menéndez Pelayo tuvo a los libros poniendo de manifiesto que gracias a él se salvaron muchos e importantes, que de otro modo se hubiesen extraviado o vendido al extranjero por coleccionistas ignorantes o desaprensivos. El amor de Menéndez Pelayo por los libros fue desinteresado; siempre pensó en su utilidad no sólo para sí, sino para cuantos lo desearon en vida suya y para la posteridad después—añade—y esto lo demuestra en su testamento. Alude con ello a la Biblioteca de Santander, donada a su ciudad natal por don Marcelino, es decir a la actual Biblioteca «Menéndez Pelayo», «la única de mis obras—según él mismo decía—de la que estoy medianamente satisfecho». Expone la misión de cultura que esta Biblioteca desempeña, preparando el camino a futuros hispanistas, ayudándoles en sus trabajos, haciéndoles conocer la magna obra del maestro y sirviéndoles de guía y orientación al emprender sus estudios sobre la cultura de nuestra patria.

Hace una síntesis de la obra de Menéndez Pelayo en sus diversos aspectos exponiendo lo que significa para la cultura española. Dice que a Menéndez Pelayo no puede considerársele aisladamente como un excelente crítico literario, como un historiador de la filosofía, como un eruditísimo investigador de las antigüedades españolas o como un fino poeta. «Fue todo esto—dice—pero no sólo esto». Es lo más alto de la investigación, de la crítica, de todo lo demás. Su influjo no se limita a una o varias esferas de la actividad humana; es más profundo y más universal y en ello estriba su excepcional importancia. Fue un genio y dejó su impronta en cuanto escribió.

Termina hablando de los valores humanos de don Marcelino, de su bondad innata, de su inteligencia, de su tolerancia, de su sencillez, de su amplitud de miras, de su independencia, de su culto a la amistad patentizado en la que tuvo con sus maestros Milá y Fontanals y Laverde y la que le unió con don Juan Valera, aparte de otros muchos; de su acendrado catolicismo. De las páginas de su obra toda, desborda su amor a España, sin dejar de ser, como dijo Rubió y Lluch a la par el más europeo y el más universal de nuestros escritores contemporáneos.

Finalmente asevera la conferenciante, que la figura de Menéndez Pelayo crece cada día, y que la crítica alta y serena le enjuicia como lo que era: un genio.

A continuación hace uso de la palabra el señor Martín Blesa, director del Instituto Nacional de Enseñanza Media «Ramón y Cajal», ocupándose de «La Ciencia Española». Comienza analizando la obra y dice que a través de sus páginas palpita un incontenible deseo de sacar a la luz y revalorizar los nombres de los científicos españoles del pasado. Era natural este deseo por cuanto se decía que era posible citar cuantiosos nombres de científicos de las diversas ramas de la Física, de la Química y de las Ciencias naturales, sin que pudiera mencionarse un solo nombre español, como si esas materias fueran totalmente ajenas a nuestro carácter e inteligencia. Desde luego estudiando su obra con criterio rigorista, hay que reconocer que los nombres que Menéndez Pelayo cita, no pueden compararse con los gigantescos de Newton, Rutherford, Bohr, Einstein, Ampere, Poincaré, etc. Hay enormes lagunas en nuestros anales respecto a las ciencias y a la investigación, pero tampoco puede decirse por ello que si los españoles hemos sido capaces de descubrir continentes, no lo hemos sido de encontrar un microbio. La investigación es flor delicada que requiere un clima apto para su desarrollo. Ya Cajal en sus consejos al investigador asegura que la tarea es larga y minuciosa, la mayor parte de las veces muy alejada del triunfo rápido y espectacular. Como decía Menéndez Pelayo—continúa—, las generaciones habrán de formarse en las bibliotecas y en los laboratorios, pero para ello es obligado que se proteja al investigador, que se le den medios, y que se garantice su existencia de una manera decorosa. Cierto es que la ciencia no sólo produce genios allí donde abundan los medios materiales; éstos son imprescindibles para la formación de equipos y para crear el clima necesario para su fructificación; el genio puede no disponer de ellos: ahí está el ejemplo de Cajal que con sólo un microscopio, cimentó las bases de la moderna histología. Rocasolano, con pocos elementos, creó una escuela de Química coloidal. Nuestra penuria científica se debe también a que somos una nación pobre.

Enumera las dificultades que el investigador halla para dedicarse a su tarea, y analiza las ayudas y apoyos que los diversos países prestan a tan fundamental capítulo de su desenvolvimiento espiritual y económico, así como a los métodos de enseñanza media, que deben ser los primeros pasos del investigador.

Analiza los planes de bachillerato vigentes y hace referencia a una entrevista con el señor Sánchez de Muniain sostenida por un redactor

de «El Español». Termina pidiendo la revalorización de la enseñanza oficial y glosando los esfuerzos realizados en España durante los últimos años en este importante aspecto.

Todos los conferenciantes fueron muy aplaudidos. Por último, el señor presidente de la Diputación declara clausurado el acto en nombre del señor gobernador civil, felicitando a su vez a los tres conferenciantes.—J. L. Cortés.

IX exposición de pintura de «Educación y Descanso».

La Obra Sindical «Educación y Descanso», cumpliendo los fines que a su creación le fueron marcados, anualmente nos viene deleitando con la organización de sus clásicas exposiciones de pintura, a las que normalmente concurren artistas noveles que reúnen la cualidad de encuadrados en alguna actividad laboral, lo que hace doblemente meritorios los cuadros que son expuestos, ya que la mayor parte de ellos han sido realizados arrancando el tiempo al descanso o aprovechando las vacaciones estivales.

Como en años anteriores, éste se inauguró la citada exposición el día 24 de noviembre en el salón del trono de la Diputación Provincial, marco adecuado a estos certámenes tanto por su iluminación como por su prestancia.

Concurrieron a la misma catorce artistas, que aportaron setenta y ocho cuadros. El jurado, tras largas deliberaciones, concedió el primer premio de pintura al óleo, al cuadro número 50, del que es autor Leoncio Mairal; el segundo premio de esta especialidad fue otorgado al número 53, de la señorita Chelo Puig, y el tercero, al número 56, de Enrique de Caso Rivas, que el año anterior había sido galardonado con premio de superior categoría y que pese a ese estímulo, en la última exposición celebrada no llegó ni siquiera a igualar la categoría y perfección de las obras expuestas anteriormente, quizá por abusar de los tonos oscuros en sus paisajes. En la categoría de acuarela fue concedido un solo premio, al número 74, de José Luis Betrán.

El premio especial fue otorgado al número 37, de Juan José Bilbao, y un accésit, al número 26, de Alejandro Brioso.

Es de destacar la aportación realizada por el niño Javier Herce, que apunta cualidades excelentes para este difícil arte de la pintura, que de continuar por el camino iniciado, le harán llegar muy alto en la profesión.—V. V. F.